

Samuel R. Delany

EN LAS AFUERAS DE LA CIUDAD MUERTA

La caída de las torres/1

El gran autor de **Babel-17** en un intrincado fresco de una civilización decadente. Una obra clásica.



Primer libro de la serie *La caída de la torres*. Los tres volúmenes de *La caída de las torres* reflejan lo que luego sería una constante en la obra de Delany: una trama de aventuras unida a un estilo fulgurante y erudito. Aquí conocemos a los primeros personajes que luego darán vida a la historia: Jon Koshar, el único en poder escapar de la ciudad muerta; Tel, el valiente muchacho de los ojos verde-mar; la duquesa Petra, el poder tras el trono; Alter, la joven y bella acróbata; Clea, la audaz matemática; y la figura misteriosa y enigmática del Señor de las Llamas.

El rapto de un príncipe, la inconsciencia de un rey, y el peligro de guerra que se cierne sobre Toron, la decadente ciudad cuyo brillo es opacado por el «verde de las alas de los escarabajos... el rojo del carbunco pulido... una red de fuego de plata».

Los tres volúmenes son para Marilyn, por supuesto

En las afueras de la ciudad muerta

Esta parte es para Peter Salaff

... El ávido risco, el sereno mar,
los chatos tejados del pueblo de pescadores
aún duermen como gazapos,
a pesar de que el aire fresco y el sol aún no son amigos
pero con las cosas en la mano, esta carne dispuesta
es honesta sin igual, pero mi cómplice ahora
mi asesino es, y mi nombre
perdurará por el histórico aporte al cuidado
de una yaciente ciudad que se construyó sola,
temeroso de nuestra labor de vivos, el moribundo
con el tiempo que llega preguntará.^[1]

W. H. Auden / *Horae Canonicae*

PRÓLOGO

EL VERDE de las alas de los escarabajos... el rojo del carbundo pulido... una red de fuego de plata. La luz le hizo apartar la mirada, encoger violentamente el cuerpo. Sintió que los huesos se astillaban y se apretó la boca del estómago, por encima del overol, doblándose de dolor. Pero ya había desaparecido. Estaba cayendo a través de un humo azul, frío como hielo soplado.

Sacó las manos para agarrar...

Las palmas y las rodillas atravesaron algo caliente. Jon Koshar sacudió la cabeza, levantó la vista. La arena se alejaba. El cabello negro le cubrió nuevamente los ojos; se lo apartó y se sentó otra vez sobre los talones.

El cielo era turquesa. El horizonte estaba demasiado cerrado. La arena parecía cal. Bajó la vista. Dos sombras en forma de abanico se alejaban de su cuerpo. A su izquierda, un diente de roca también proyectaba una sombra doble.

Se irguió tambaleando. Era demasiado liviano; no había gravedad. La arena le quemaba los dedos de los pies. Comenzó a sudar en la nuca, bajo los brazos. El aire le aguijoneó las fosas nasales. Jon entrecerró los ojos.

A lo lejos, donde terminaba la arena, había un lago; elevándose al lado, o quizá saliendo de él... ¿había una ciudad? Achicó más los ojos, mirando fijamente.

Arranque a un hombre de un universo; arrójelo en otro. Le llevará tanto tiempo darse cuenta de dónde está como recordar dónde ha estado. Cada ubicación define la otra.

Jon Koshar se adelantó un poco. La pierna izquierda del pantalón se aplastó húmeda contra la rodilla. Bajó nuevamente la vista. Tenía franjas de barro en un pie. ¿Durante la última hora habría tropezado con una ciénaga? Confundido, echó una nueva mirada al desierto, dio otro paso. El cabello le cayó nuevamente hacia adelante.

Mientras se lo tiraba para atrás, algo se deslizó bajo la palma. Cerró la mano. Se miró el puño. Prisionero entre los dedos callosos había un verde fragmento de helecho. Recientemente había estado tratando de abrirse paso, apartando más y más hojas. Torció la cara contra la reverberación del calor, mirando a derecha e izquierda. En las dunas no se veía verde por ninguna parte. Comenzó a caminar otra vez...

Cuando se detuvo fue porque su mano rozó con algo sobre los pantalones. Flexionó la cadera y miró hacia abajo, luego en el interior de la manga. Unidos por los extremos, verdes trozos de... ¿cochinillas? Atónito, alzó la vista hacia el vacío sin árboles, luego la bajó. Sí, las cochinillas se habían apoderado de toda la tela rústica.

Cuando llegó al lago, jadeando (había respirado antes, pero bocanadas de aire húmedo, cargado de vegetación) reconoció la atmósfera penetrada de ozono. Miró el agua.

Su rostro sucio le devolvió un guiño. Tenía la camisa desgarrada a la altura del hombro. Se tocó un rasguño sobre la clavícula, provocado en la oscuridad por una rama... pero el desierto era ennegrecidamente brillante; no había árboles.

Abrió y cerró los labios, en silenciosa lucha con las cifras de identificación que le cubrían el overol. Ese número había sido parte de su nombre durante los últimos cinco años; ahora hasta eso estaba mal.

¡Pero era un reflejo! Por supuesto, estaba tratando de leerlo al revés. Mientras alzaba los ojos y susurraba el número correctamente, las paredes de creosota de la barranca del penal volvieron a él, y los chirriantes eslabones de la

cortadora que había conducido durante cinco años, corroyendo el mineral, y las hojas y matorrales que le habían azotado la cara y los hombros mientras huía a través de la oscuridad...

Y reconoció la ciudad.

Allí, del otro lado del lago, le golpeó los ojos con una familiaridad que le hizo retroceder; lo que había sido una abstracción, ahora se concretaba en las torres, en las sinuosas carreteras de Telphar. Así como la cabeza de una flecha indica dirección o la marquesina de un teatro significa entretenimiento, así las espiras de Telphar simbolizaban la muerte.

Se le secó la garganta con un nuevo jadeo. Apretó los dedos que resbalaron sobre palmas húmedas. Retrocedió mientras la piel que le cubría la columna vertebral se estremecía.

Con esfuerzo, su mente buscó hechos.

¡Soy Jon Koshar y quiero mi libertad! Esto era lo primero, por encima del miedo, primero a través de cinco años de prisión en las minas que habían culminado cuando tres de ellos escaparon... ¿hacía cuántas horas?

Pero eso era en la tierra. Él había estado en la tierra. Igual que la ciudad. Y la visión de ella desde el borde perforado de las junglas y de los campos de lava significaba muerte. Pero aquí estaba él mirando a Telphar en un mundo extraño, bajo un doble sol. Entonces el recuerdo se completó por sí mismo:

Exhausto, había visto la ciudad desde las rocas perforadas.

Al mismo tiempo había oído algo (¿o no lo había oído?): El Señor de las Llamas.

Y de pronto ya no había razón para seguir temiendo. Trató de desentrañar el recuerdo. Había entrado en la ciudad, había encontrado el escenario de las cintas de paso, la banda de metal que lo llevaría de regreso, por sobre las

junglas, por sobre las cabezas de los guardias, por sobre el mar, de regreso a la segura ciudad de la isla de Toron.

Súbitamente frunció el entrecejo, luego el pliegue se confundió con una expresión frenética, desesperada, en tanto buscaba la cinta plateada que debería haberse remontado desde la ventana del edificio lejano de pirámide en pirámide, echando destellos a través de la arena.

La cinta de paso...

¡No!

¿Había desaparecido? ¿Estaba rota? Casi aúlla por el nuevo miedo. No había pirámides, no había línea de metal. La ciudad yacía aislada sobre la arena extraña. ¡Por favor, que no esté rota! Por favor...

De pronto toda la escena desapareció de la vista. No había más que humo azul, frío como hielo soplado; giraba en su huso azul. La luz le reseco los ojos y la imagen consecutiva se agitó, cambió, se transformó en alas de escarabajo plateadas y rojas.

CAPÍTULO UNO

Y POR ENCIMA DEL ESCENARIO vacío en el laboratorio de la torre de la ciudad muerta de Telphar, la esfera de cristal se oscureció. La habitación estaba silenciosa como lo había estado durante sesenta años. A partir del cristal la cinta de metal se remontaba desde el balcón, por encima de cenizas húmedas y carreteras barrosas. El sol acababa de rasgar el horizonte; el metal chorreante refulgía como el cuerpo de una serpiente dormida.

A millas de distancia, palidecía la oscuridad ante el amanecer. En los campos de lava, entre los helechos, las barracas se alineaban una tras otra, tan sin vida como papagayos dormidos en sus pértigas. La llovizna había cesado. El agua goteaba de la pirámide de soporte. La cinta era una banda negra en la noche que languidecía.

Seis personas llegaron desde la jungla a las barracas. Todos medían más de dos metros. Portaban los cuerpos de dos hombres de tamaño normal. Los dos de atrás se mostraron reacios a conversar.

—¿Qué pasó con el otro, Larta?

—¿Koshar? No llegará lejos. —Larta se quitó de los hombros la capa de piel que la cubría; el nuevo sol golpeó sobre los anillos de bronce que le ceñían la parte más alta del brazo.

—Si lo hace —dijo el hombre— será el primero de nosotros en lograrlo en doce años.

—Si trata de regresar a la costa y de llegar a Toron —dijo Larta—. Si no lo alcanzamos, significa que está en tierra en dirección a la barrera de radiación. —Pasaron bajo la sombra de la cinta de paso. Los anillos, y los ojos de Larta, se oscurecieron—. Entonces, si va hacia Telphar, no tenemos de que preocuparnos, ¿eh, Ptor?

El hombre alto tenía la cabeza afeitada.

—Creo que no estoy realmente preocupado por el que se escapó. —Ptor echó una mirada a los que pasaban bajo el sol—. Pero el número creciente de intentos durante el año pasado...

Larta se encogió de hombros.

—Las ordenes de tetrón se han casi duplicado. —Mientras abandonaba la sombra, el sol iluminó tres cicatrices paralelas a un costado de la cara, desde la mandíbula hasta el cuello.

Ptor deslizó la mano derecha bajo el brazo izquierdo.

—Me pregunto de qué clase de sanguijuelas viven esos miserables... —no terminó, pero señaló con la cabeza hacia adelante.

—Cultivos hidropónicos, los manufactureros del acuario en Toron —dijo Larta—. Ellos son los que reclaman el mineral. Así se preparan para la guerra.

—Ellos dicen —musitó Ptor— que puesto que los acuarios han suministrado a Toron pescado de reserva, los pescadores de la costa no tienen dónde vender y van a morir de hambre. Y con la creciente demanda de tetrón, los prisioneros están muriendo como moscas aquí en las minas. A veces me preguntó como proporcionan mineros.

—No lo hacen —ahora Larta gritó a todos—. De acuerdo. Dejaremos el resto a los hombres (en la palabra «hombres» había un levísimo desprecio que la letra en bastardilla expresaría con demasiada fuerza) que los cuidan. Hemos hecho lo nuestro. Déjenlos allí, frente a la cabina. —La lluvia había embarrado el patio—. Quizás esto les sirva a los demás como lección.

Dos salpicaduras sordas.

—Quizá —dijo Ptor.

Pero Larta había regresado a la jungla; las sombras de los árboles le rozaban la cara y la cicatriz triple.



Franjas de sol atravesaban como lanzas las nubes amarillas y se entremezclaban con las crestas hinchadas. Dardos amarillos se hundían en los bosques lozanos de Toromon más cercanos a la costa. La luz caía de las frondas húmedas y verdes, o ganaba las grietas de los peñascos. El alba chocaba con la cinta de metal que atravesaba los árboles: telas de sombra provenientes de las pirámides de abastecimiento caían sobre un lecho de lava.

Una formación de aeronaves resplandeció a través de las nubes rasgadas como un puñado de astillas de plata precipitadas. El zumbido de los motores de tetrón descendió a través de los árboles. Y Lug, que medía un metro veintiocho, con una frente alta como ancho era su pulgar, miró hacia arriba por debajo del entrecejo huesudo.

Los que lo rodeaban, de la misma altura y con hombros redondeados, gruñían entre sí. La palabra repetida con más frecuencia era «guerra». Lug puso a los demás en movimiento; se movieron otra vez, vacilando sobre el lecho de la jungla; las palmas de los pies tomaban la forma de las piedras, tallos y raíces. Los dedos grandes y semi-opcionales rozaban casi sin notarlos la textura del terreno, tal como uno podría hacerlo pasando las manos sobre diferencias de relieve.

Finalmente Lug se apoyó contra el tronco de un árbol.

—¿Quorl? —dijo—. ¿Quorl? —aulló.

Algo apareció bajo las hojas, detrás de ramas que habían sido cortadas y replantadas para formar un refugio informe. Desde afuera el colgadizo no tenía forma alguna,

pero estaba limitado como el exterior de un arbusto. Sólo era posible estar realmente seguro de que era un refugio cuando alguien salía de su interior. Una mano asió fuertemente una rama y adentro alguien se incorporó.

Los hombres observaron, silbaron, observaron otra vez, Quorl apareció, emergiendo interminablemente del techo del refugio. Los amarillos ojos estaban despiertos, aunque los músculos de la cara se estaban colocando en su lugar, después de lo que debía de haber sido un inmenso bostezo. El aroma de la mañana le dilató las fosas nasales. Entonces sonrió.

Desde su estatura achaparrada, los hombres hicieron un guiño a la inmensidad de dos metros de altura. Sólo uno contempló la sorprendente maravilla de la mano que colgaba del pulgar enganchado en el cinturón; los otros no miraron por encima del nudoso engranaje de la rodilla. Para los neandertales ambos expresaban tanta maravilla como el rostro.

—¿Quorl? —dijo Lug.

—¿Qué pasa, Lug?

—Alrededor de la cima de la montaña, junto al lago. Ya llegaron. No son tan grandes como tú, pero son más altos que nosotros. Se parecen a los que están en las minas, los prisioneros. Pero éstos no son prisioneros, Quorl. Están construyendo.

Quorl asintió con la cabeza.

—Bueno, ya era hora de que vinieran. Hora de que construyeran.

—¿Los has visto?

—No.

—¿Alguien vino antes y te lo dijo?

—No. —La sonrisa de Quorl era de un humor sutil, más aún, de lamento sutil—. Era hora de que vinieran. Es simple —para Lug esto no era más que una sonrisa.

Susurraron entre ellos, admirados por las cosas que sabían los más altos; y los devolvieron la sonrisa.

—Vamos —dijo Quorl—. Lléveme a ver.

Lug miró a los otros.

—Sí —dijo Quorl, saliendo de su refugio—. Adelante, vamos.

—¿Por qué? —preguntó Lug—. ¿Quieres hablar con ellos?

Quorl se estiró, arrancó dos frutos de kharba y ofreció uno a un muchacho y el otro a una chica. Arrancó dos más, y las hojas temblaron nuevamente.

—No —dijo—. Vayamos simplemente a ver. —Entregó los otros dos melones—. Compartan éstos.

Lug se encogió de hombros y todos se pusieron en marcha a través del bosque. Partieron los frutos entre ellos. Dos muchachos revoltosos comenzaron a tirarse semillas entre sí, en medio de risas y peleas. Quorl miró atrás, pero los muchachos ya estaban alcanzándolo.

—¿Por qué vamos? —preguntó Lug otra vez. Tales peleas y tales risas le eran tan cercanas que no miraba, no veía—. Ya saben ustedes que esos hombres (y había una ligera admiración en la palabra «hombres» que las letras de imprenta no podrían sugerir totalmente) están allí, saben que están haciendo ¿Qué quieren ver? ¿Les ayudaremos a construir? ¿Lo que ellos construyen tiene algo que ver con la guerra?

Quorl introdujo la mano en la cabellera de Lug y arqueó los dedos una y otra vez.

—Esta mañana llovió —dijo. Lug inclinó el cuello mientras Quorl le rascaba la cabeza—. ¿Sabes qué aspecto tiene el lago con la bruma después de la lluvia?

Lug estiró los hombros, tensando los músculos con placer.

—Sí —los labios se abrieron sobre unos dientes amarillos—. Sí, lo sé.

—Es por eso que vamos a ver —dijo Quorl. Dejó caer la mano sobre el hombro de Lug.

Detrás de ellos, la cinta atravesaba la cima de la pirámide de tres mil metros de altura, apenas visible a través de los árboles.



Mientras la aurora se deslizaba por la jungla, la cinta resplandecía cada vez más desde las sombras en retiro, hasta que finalmente se alzó por sobre la arena que limitaba al mar.

A cuatro mil quinientos metros de la última pirámide de suministro, cuya base todavía se apoyaba sobre arena seca, Cithon, el pescador, emergió de su cabaña.

—¿Tel? —llamó. Era un hombre nervudo, de altura media. Tenía la cara agrietada por la arena y el viento—. ¿Tel? —llamó nuevamente. Ahora se volvió hacia la casita—. ¿Adónde se fue el muchacho?

Grella ya se había instalado ante el telar y sus fuertes manos comenzaron a mover la lanzadera de adelante hacia atrás mientras los pies apretaban la careola.

—¿A dónde fue? —preguntó Cithon.

—Salió de mañana temprano —dijo Grella tranquilamente. No miró a su esposo. Miraba la lanzadera que se movía de adelante para atrás, una y otra vez, entre los hilos verdes.

—Ya veo que salió. —Cithon dio un respingo—. Pero ¿a dónde? El sol está alto. Tendría que estar conmigo en el bote. ¿Cuándo regresará?

Grella no respondió.

—¿Cuándo regresará? —preguntó Cithon.

—No sé.

Afuera se oyó un ruido y Cithon se volvió bruscamente en dirección a un costado de la cabaña.

El muchacho estaba inclinado sobre la batea de agua, lavándose la cara.

—¡Tel!

El muchacho alzó rápidamente la vista hasta su padre. Tendría unos catorce años, era un chico delgado, de cabellos negros y revueltos, aunque con ojos verdes como el mar. El miedo los había agrandado.

—¿Dónde estabas?

—En ninguna parte —fue la respuesta tranquila, a la defensiva, del muchacho—. No estaba haciendo nada.

—¿Dónde estabas?

—En ninguna parte —balbuceó nuevamente Tel—. Simplemente caminando y recogiendo caracoles...

Súbitamente la mano de Cithon, que había estado en la cintura, se agitó hacia arriba y luego hacia abajo, y la correa tachonada que había sido el cinturón azotó una y otra vez el hombro huesudo del muchacho.

El único sonido eran los sollozos de Tel.

—Ahora baja al bote.

En el interior de la cabaña, la lanzadera se detuvo en la mano de Grella por espacio de un profundo suspiro. Luego atravesó nuevamente el tejido.



Playa abajo, la cinta de paso brincaba del otro lado del agua. La luz golpeaba como mica la superficie del mar y la cinta, en comparación, se veía opaca.

La aurora se extendió por el agua hasta que finalmente la luz de la mañana cayó sobre la orilla de una isla. Alta en el aire, la cinta se remontaba por sobre los muelles bulliciosos y el tráfico temprano del desembarcadero. Detrás de los muelles, las torres de la ciudad recibían saetas de oro, y mientras el sol salía, una luz dorada caía sobre la fachada de los edificios.

Junto al dique, dos comerciantes hablaban por sobre el rugido de las máquinas impulsadas por el tetrón.